

La Época, Santiago de Chile
10 de marzo de 1994

Eduardo Labarca

Variaciones sobre un escándalo imaginario

El tema es tentador par una novela.

Un joven ejecutivo de segundo rango pierde en absurdas especulaciones 40 millones de dólares pertenecientes a una empresa estatal. Por la noche lo despiertan las visiones horribles de su propio futuro: el escándalo, la ruina, la cárcel. A oscuras acaricia los cabellos de su esposa dormida, sale del lecho tibio y vaga silenciosamente por la casa. Entra al cuarto de sus hijos: duermen. Oye sus respiraciones: sabe que esos niños serán las víctimas inocentes de la imprudencia temeraria que él ha cometido. Toma entonces una decisión. Abre la puerta del escritorio, prende la luz y saca resueltamente su computadora portátil del estuche negro. La enciende, escucha el ronroneo amigo del programa que se va cargando en la memoria RAM, e inicia afiebradamente una serie de complejísimos cálculos y proyecciones de probabilística. El tiempo apremia. Su Rolex, con esferas gemelas en que figuran la hora local y la del meridiano de Greenwich, le recuerda que en Londres faltan sólo diez minutos para el cierre de las oficinas del *broker* que lleva en la City las operaciones de la empresa. Con movimientos rápidos conecta el cable al enchufe del teléfono, activa el modem, teclea el número y oprime **ENTER** para despachar desde la pantalla luminosa, vía satélite, la orden de venta de cincuenta mil toneladas a futuro.

La novela puede transcurrir en Santiago de Chile, en Río de Janeiro, en Kuwait, en Kuala Lumpur, y las toneladas pueden ser de cobre que duerma aún en el subsuelo rocoso de una provincia del norte del país, de café que haya de cosecharse en la próxima temporada, de petróleo que yazga a mil metros de profundidad en las entrañas de la península Arábiga o de granos de pimienta que recién comiencen a madurar en los arbustos de una plantación. El protagonista –llámese Juan Pablo X, Joao X, Mohamed X o Lin X– trabajará por el día en una agradable oficina con ventanales abiertos a la ciudad, flanqueado por una secretaria eficiente, discreta. En las paredes, pulcramente enmarcados, colgarán los diplomas: *Master en Business Administration*, *PhD en Economics*. Teléfono celular, buen auto, camisas de marca, tenis, vivienda con piscina, casa secundaria en la playa: su perfil corresponderá al del *yuppie*, estereotipo del ejecutivo de nuestros días. En el plano íntimo será un hombre sensible y de costumbres banales: amante de la lectura y de la música, enemigo de la vida social

intensa, moderado en el comer, reacio a la bebida. Para sobrellevar las tensiones propias de sus responsabilidades, recurrirá a los ejercicios de yoga y a una que otra pastilla tranquilizante.

Al joven ejecutivo lo veremos en el paroxismo de la excitación en el instante de arriesgar las primeras jugadas. La novela nos lo mostrará leyendo apasionadamente por esos días las palabras de Raskolnikov, el estudiante que asesina a la anciana en la obra de Dostoievski *Crimen y castigo*, cuando dice que "... de acuerdo con las leyes de la naturaleza, las personas, en general, están divididas en dos clases: una clase inferior (personas corrientes) que son, por así decirlo, materiales y sirven únicamente para reproducirse a sí mismas como especie; pero existen también las personas propiamente tales, vale decir, las que gozan de suficientes cualidades y talento como para decir una *palabra nueva* en el medio que las rodea".

Para el joven ejecutivo, a partir de ese momento el riesgo se convertirá en hábito, y hasta en necesidad. La novela nos mostrará los mecanismos que lo irán sumiendo en un torbellino de especulaciones desenfrenadas; las motivaciones íntimas, secretas y hasta inconscientes que guiarán sus actos. Poniendo repetidamente de ejemplo a Napoleón, Raskolnikov seguirá acompañándolo con su prédica de que la violación de la ley es propia de los seres extraordinarios, e incluso constituye para ellos un deber, si es que han de cumplir su misión. Esos seres son los "destructores" a quienes, una vez que han alcanzado la victoria, todos admiran, como lo admirarán a él, ejecutivo en ascenso, cuando se conozcan las ganancias de fábula que sus especulaciones habrán brindado a la empresa. Ese día las irregularidades que haya cometido al saltarse las normas y los controles quedarán perdonadas: para todos él será un hombre extraordinario, un triunfador, verdadero tigre de las finanzas.

Pero pronto empezaremos a vivir las angustias que el joven ejecutivo irá padeciendo a solas cuando sus planes comiencen a resbalar por el tobogán de un pozo sin fondo que en pocas semanas lo llevará a perder 206 millones de dólares pertenecientes al erario de su país. Raskolnikov continuará a su lado, pero el tono del estudiante asesino habrá cambiado: esta vez le hablará de las personas ordinarias, las del segundo grupo, las que "están incluso obligadas a obedecer". Cuando el escándalo reviente por fin, el protagonista, del mismo modo que Raskolnikov, se justificará exclamando con grito desesperado que "yo tenía que saber lo antes posible si acaso era un pijo, como todos los demás, o un hombre"...

Ya en el fondo del precipicio, el ejecutivo que en nuestra novela habrá intentado un salto magistral sin haber medido adecuadamente sus fuerzas encontrará en otras páginas la explicación de su caso patético: "Fernández no pensó ni siquiera un instante que el cargo le quedaba grande, que quizás fuese un trabajo inadecuado para él, que carecía de experiencia. Se sintió seguro y casi impaciente por demostrar pronto su capacidad." Demasiado tarde nuestro ejecutivo comprenderá que, al igual que al Fernández de la novela *Oír su voz* de Arturo Fontaine Talavera, a él sólo le esperaba el destino de los perdedores. Y su fracaso

habrá sido por partida doble: fracaso literal representado por la pérdida inútil de una riqueza de cientos de millones de dólares, fracaso virtual por no haber logrado acceder al grupo selecto de los verdaderos destructores, a los que, al decir de Raskolnikov, todo está permitido.

Pero Raskolnikov tampoco tenía madera de verdadero destructor: por eso a la postre el ruso desea y busca el castigo. ¿Cómo acabará finalmente el *yuppie* de nuestra novela? "La victoria tiene mil padres; la derrota es huérfana", decían los antiguos. En la derrota, el protagonista se encontrará solo, y los mismos gerentes que se habrían apresurado a asumir como propia una victoria suya lo acusarán de violar todas las leyes, normas y reglamentos, y de deslealtad por haber traicionado la confianza que depositaron en él.

De ahí en adelante el tema de la novela será, como en la parte final de la de Dostoievski, el del castigo. Y en el caso de nuestro novel ejecutivo, consistirá en dilucidar si un acto gravísimo cometido en el corazón mismo del Estado puede, en Kuala Lumpur, Kuwait, Río de Janeiro o Santiago de Chile, ser castigado. Convertida en una novela de investigaciones, interrogatorios y tribunales, la trama se diluirá probablemente en interminables querellas de abogados. Los defensores de los acusados traerán a colación los sucesos recientes de Francia, donde dos mil quinientos hemofílicos fueron contagiados por el virus del sida a sabiendas de las autoridades médicas. Esas autoridades retardaron el empleo de productos de esterilidad garantizada en las transfusiones sanguíneas para dar salida a las existencias contaminadas y beneficiar a un laboratorio francés frente a los laboratorios extranjeros. ¿Puede concebirse algo más grave? Sin embargo los tres ministros responsables fueron exculpados por la Asamblea Nacional y el director del Centro Nacional de Transfusión fue condenado únicamente a cuatro años de cárcel y otros dos médicos a penas inferiores.

Un ejecutivo de segunda categoría no puede compararse con Napoleón, aunque pierda doscientos millones de dólares: eso, nuestro protagonista terminará por comprenderlo. Sus abogados dirán que la pérdida de doscientos millones de dólares no puede compararse con la contaminación de dos mil quinientos hemofílicos, porque en el caso de los dólares no ha muerto ni va a morir nadie. Si en Francia menudearon las absoluciones, ¿por qué habrían de condenar aquí a un ejecutivo emprendedor? Los argumentos se seguirán enredando y los abogados acusadores demostrarán que con ese dinero se podrían haber construido hospitales y salvado numerosas vidas.

Obligados a asumir alguna responsabilidad por lo sucedido, los jefes de nuestro *yuppie* lo harán a regañadientes, con múltiples salvedades y sólo en parte. El protagonista, recuperándose de sus angustias, insistirá en que todo se debió a un error de tecla. Queda por ver si la novela tendrá por epílogo una condena. Pero es indudable que, cerrado el libro, los lectores, incapaces de imaginar cuánto dinero son doscientos millones de dólares, poco a poco comenzarán a pensar en otra cosa.